



30 Mayo, 2024

Medio siglo después de la publicación de 'El nuevo periodismo', de Tom Wolfe, el género sigue gozando de buena salud alimentado por premios y festivales

El vigor de la literatura de la realidad

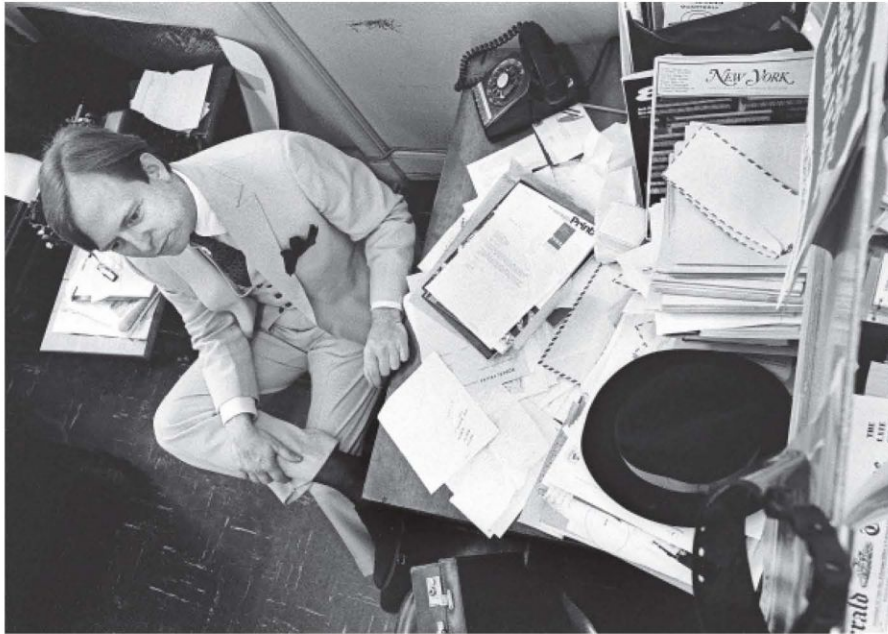
MAR PADILLA
Madrid

En una entrevista inédita de 1994, rescatada hace unos meses por la revista *Tinta Libre*, Gabriel García Márquez advertía de que “los racionalistas tienen la tendencia de limitar el mundo a un espacio muy pequeño”, y avisaba: “Les han dado un cuadro dentro del cual meter la realidad, y la realidad que no cabe dentro de esos cuadros, no existe”. El marco de la escuela del periodismo “objetivo” salta por los aires gracias al periodismo narrativo, que usa todas las herramientas literarias para proveer de pensamiento, emoción y sensibilidad a su escritura. Son piezas de largo aliento, donde subyace la idea de ofrecer “una versión más rica de la experiencia de lo que puede proveer el mero reporterismo factual”, explica la periodista Susan Orlean en *El nuevo Nuevo periodismo*, de Robert S. Boynton (Ediciones de la [Universitat de Barcelona](#), 2015). Un periodismo que tuvo reconocimiento en 2015, cuando la periodista bielorrusa Svetlana Alexiévich ganó el Premio Nobel de Literatura.

Ahora, el viejo periodismo narrativo hispanoamericano, o el nuevo periodismo, según lo bautizó Tom Wolfe en el libro del mismo nombre, publicado hace medio siglo, vive un buen momento. Alfaguara acaba de publicar *Bartleby y yo: retratos de Nueva York*, de Talese; Filmin ha estrenado el documental *Radical Wolfe*, y Joan Didion se ha transformado en un fenómeno cultural. Además, triunfan los textos periodísticos de Nora Ephron y, bajo el título *Biblioteca Rodolfo Walsh*, Planeta está compilando la obra completa de este periodista y escritor argentino y se recuperan las figuras de Sofia Casanova o la poeta Hanna Krall.

“Ante un mundo periodístico apegado al poder y un mundo literario apegado a su propia voz, es difícil que alguien te explique la realidad con arte”, reflexiona al teléfono Roberto Herrscher, profesor de Periodismo en la universidad Alberto Hurtado, en Santiago de Chile. Ese es el objetivo del periodismo narrativo. “El *jour* [día, en francés] de la palabra *journalisme* desapareció, la inmediatez lo dinamitó”, dice Herrscher, y las noticias del día, instantáneas, cortas, necesitan una contextualización larga. Y una reflexión.

Más allá de los periódicos, la escritura del presente convulso queda reflejada en reportajes publicados en revistas tan variadas como *Gatopardo*, *5W*, *El*



Tom Wolfe, sentado ante un escritorio a finales de 1965 en Nueva York. JACK ROBINSON (GETTY)



Gay Talese, en Barcelona en 2010. MASSIMILIANO MINOCRI

Malpensante, FronteraD, El Faro, JotDown, Anfibia, Soho, Altair Magazine, Panenka, Cometa, Marcapasos, Clinic, Pikara, Elestornudo o Contracorriente.

La viveza de este ecosistema, alimentada por los Premios Ortega y Gasset, y festivales como *Ñ*, *Nave de No Ficción*, *Periodismo Narrativo Chile Crónico* o algunas ramas del *Hay Festival*, le debe mucho a la Fundación Gabo —antes Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano—. El novelista de Aracataca, primero joven periodista, ignoró límites y armó

reportajes con las herramientas de la poesía, el drama o la comedia. Ese camino agreste lo transitaban antes José Martí, Rubén Darío o Manuel Gutiérrez Nájera. Y Chaves Nogales, Josep Pla, Carmen de Burgos, Gaziel o Xammar.

Y ahora destaca la crónica escrita por mujeres, voces como las de Lorena Amaro, Marcela Turati, Marcela Rivadeneira o Jennifer Ávila, que traen “los nuevos aires, los nuevos cuerpos, los nuevos horizontes, las nuevas luchas, las nuevas palabras, las que siguen empujando la puerta fría, las que han acampado en el extrarra-

García Márquez armó reportajes con las armas de la poesía, el drama o la comedia

Hoy incluso existen editoriales que solo publican obra periodística

dio”, escribe Gabriela Wiener en el prólogo de *Criaturas fenomenales. Antología de nuevas crónicas* (La Caja Books, 2023).

Hay editoriales que cada vez conceden más peso a la no ficción periodística en su catálogo, como Libros del Asteroide, Capitán Swing o La Caja Books, o que solo publican obra periodística, como Libros del K.O. Sin olvidar a la precursora en lengua española de todo ello: la colección *Contraseñas* de la editorial Anagrama, que inició su andadura en 1977 precisamente con *El nuevo periodismo*, de Tom Wolfe, o la colección *Cró-*

nicas, de la misma editorial, lanzada a finales de los ochenta.

Otra obra de impacto es *La llamada*, de Leila Guerriero (Anagrama, 2024). Un retrato de la militante montonera Silvia Labayru (que sobrevivió a encierros y torturas, a las sospechas de los suyos, y rehizo su vida) que voltea el periodismo narrativo porque la autora comparte sus vacilaciones y reflexiones sobre el proceso de escritura. “Me pareció importante mostrar las dudas, los avances, los retrocesos, la imposibilidad incluso de perforar el discurso”, explica Guerriero en una entrevista para el Instituto Cervantes.

“Bolígrafo en mano”

El periodismo narrativo contiene su propio mito, el relato funcional que irradió su historia al mundo. Fue en los sesenta y setenta, en EE UU, en un momento de ebullición cultural, cuando un grupo de reporteros se dio cuenta de que el periodismo tradicional anglosajón no alcanzaba a reflejar el estado de confusión de aquel tiempo. “No era lo suficientemente vívido para presentar estos cambios extraordinarios”, escribe Boynton en *El nuevo Nuevo Periodismo*. En el documental *Radical Wolfe*, el periodista Gay Talese, que define su propio trabajo como “literatura de la realidad”, transmite su asombro ante el trabajo del periodista sureño, “una persona tan elegante, con tan buenos modales”, que, “con un bolígrafo en la mano podía ser un terrorista”. Pero otros derriban el mito. En un artículo de 1983 en la revista *Mother Jones*, el periodista y ensayista Christopher Hitchens retrata a Wolfe como un buen miniaturista autoerigido en supremo antropólogo social, un habitual de las cenas del matrimonio Reagan, imitador “de *toy* de segunda del parlamento británico”.

En cualquier caso, salvo alguna excepción, el dinero que alimentaba el fulgor del periodismo narrativo acabó. El modelo de negocio periodístico está en tránsito, y las apuestas son muy conservadoras. Este es un oficio tan bello como precario para muchos.

Mientras, las historias bullen ahí fuera, y hay que explicarlas sin faltar a la verdad. Para ello se puede usar hasta la poesía, que comparte con el periodismo el ejercicio de reflejar una cierta verdad, apunta Agus Morales, director de la revista *5W* y Premio Ortega y Gasset en *El viejo periodismo* (5W, colección Voces, 2020), un libro de conversaciones con Martín Caparrós. Pero no todo vale. Hay que huir de esteticismos inanes, advierte este último: “El mundo es un caos confuso lleno de material y el periodista, como cualquier narrador, elige las cosas que va a comunicar. El periodismo clásico simula que nadie elige, que esas son simplemente las cosas que sucedieron y las que hay que contar. Pero siempre es una persona”.